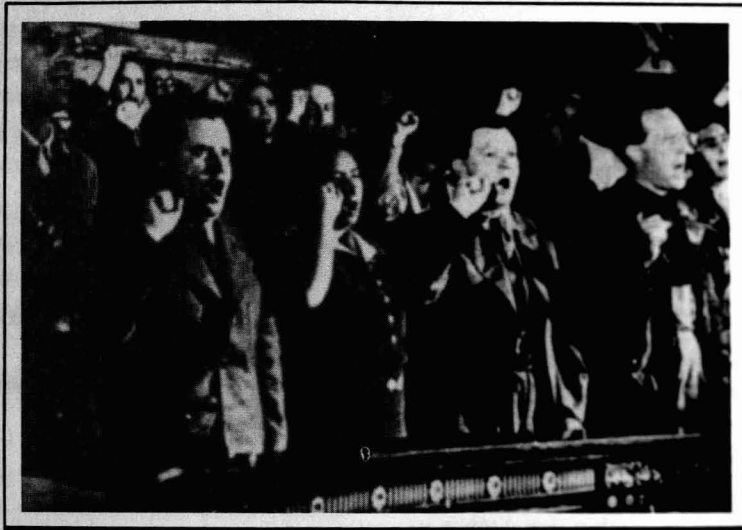


Vicente Quirarte

Poemas humanos

La última vida de César Vallejo



César Vallejo y Vicente Huidobro
(fila de atrás) en el Congreso de
Escritores Antifascistas

Resulta difícil resistir la tentación de fabricar una leyenda en torno a la memorable jornada de noventa días, entre septiembre y noviembre de 1937, cuando César Vallejo pasa en limpio la totalidad de los poemas escritos, bocetados o pensados a lo largo de los últimos quince años de su vida, cuando el escritor y el animal político se empeñaron en una sola, última, luminosa tarea. Morir en París, tras haber escrito lo que puede considerarse un solo y extenso poema testamentario, luego del viaje a una España destrozada por la Guerra Civil, proporciona una escenografía que convierte a Vallejo en un autor entrañable, y que difícilmente puede ser tratado con indiferencia. Un año después de la muerte de Vallejo, su esposa Georgette publicará la obra póstuma bajo el título *Poemas humanos*.¹

Vallejo es un poeta que trasciende, a pesar de tenerlas, la leyenda y el aura de mártir conferidas por el presentimiento de la muerte y su constante diálogo con ella en sus poemas más repetidos. Confesional y personalísimo, es el creador de un yo que es nosotros, a veces exasperantemente oscuro, otras milagrosamente desgarbado, pero siempre, siempre, siempre, para usar uno de sus adverbios predilectos, siempre Vallejo. En comparación con la obra variada y sostenida, a veces innecesariamente fecunda, de los otros dos poetas fundadores de la vanguardia hispanoamericana, Pablo Neruda y Vicente Huidobro, la poesía completa de Vallejo cabe en un volumen relativamente modesto. Lo asombroso es que, pese a esa obra donde abundan los poemas de calentamiento y son contados

los edificios verbales que las antologías incluyen como prueba de su genio, sea la voz más personal e inimitable de su tiempo. En *Los heraldos negros* es un modernista que se niega a ser clasificado; en *Trilce*, un vanguardista que no pierde su vocación confesional; en *Poemas humanos*, un profeta del caos presente que sabe manejar todos sus instrumentos. A cien años de su nacimiento, a más de medio siglo de su muerte, es un poeta vivo y en permanente cambio. César Vallejo no se parece a nadie sino a César Vallejo. Esa convicción, en la que se afirmaba humildemente, orgullosamente, y la cual explica la aparición constante del nombre propio en sus poemas, lo lleva a crear una voz donde siempre es la masa quien habla, para salvación del hombre individual.

La composición febril de *Poemas humanos* es explicable en un autor que, como Vallejo, estaba acostumbrado a que los "golpes del odio de Dios" preludiaran grandes y definitivas ascensiones. A raíz de la muerte de su padre, en 1924, escribe varios de los *Poemas en prosa*; en 1928, tras una difícil operación quirúrgica, tiene lugar un segundo renacimiento y su definitiva toma de conciencia política. *Poemas humanos* es la gran carrera contra el tiempo. No el tiempo del hombre Vallejo que llegaba en marzo de 1937 al año 46 de su edad, sino el tiempo amenazado de la humanidad entera. Huidobro, sólo un año más joven que él, había escrito: "No hay tiempo qué perder. Todo es tan triste como el niño que está quedándose huérfano". Esa imagen del niño como hombre del alba, presente en los niños huérfanos de *España, aparta de mi este cáliz*, aparece, de modo obsesivo, en la vida y la obra

¹ *Poemas humanos* (1923-1938). Paris, Les Éditions des Presses Modernes, 1939.

entera de Vallejo: el hombre es el huérfano del Hombre. La muerte que Vallejo experimenta en ese 1937 es la de España y la del mundo en el cual se encuentra esa España, superior en heroísmo y en grandeza, en su opinión, a la Revolución francesa de 1789 y a la Rusia de 1917. A raíz de su experiencia española, y desencantado de los intelectuales que hallaron en la Guerra una cantera inagotable para sus vanidades, Vallejo escribe, en carta a Juan Larrea: "Comparto mi vida entre inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal mía, para adentro". Pocos escritores, como Vallejo, se dan el lujo de cumplir cabalmente con ambas exigencias. Los escritos teóricos contenidos en *El arte y la revolución* tienen en *Poemas humanos* una correspondencia tan fiel con la parte lírica de su obra, que Vallejo se mantiene atento a los señuelos del realismo socialista, sin menoscabo de la calidad literaria.

El 16 de marzo, el peruano cumple 46 años en París, la ciudad a la que había llegado por primera ocasión en 1924. El 10 de enero, Huidobro había cumplido los 45. El joven Neruda alcanzaría, el 12 de julio, la edad de Cristo. En ese 1938 ya han escrito la parte más sustancial e importante de su obra y, aunque parezcan muy diferentes las actitudes de estas que llegarían a ser las tres figuras fundamentales de nuestra moderna tradición poética, todos se empeñaban en una búsqueda común: la creación de un nuevo lenguaje, traductor de los cambios acelerados de las tres primeras décadas de nuestro siglo. El manifiesto "Para una poesía sin pureza" de Neruda, contenida en el número 1 de la revista *Caballo verde para la poesía*, no está lejos de la poética corporal de Vallejo:

Así sea la poesía que busquemos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.

Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.²

En el terreno de la estricta realización poética, la diferencia es que mientras Neruda es poeta de la acumulación y la enumeración caótica, del tiempo llevándose en su flujo a la materia, Vallejo es un poeta de la afirmación, del siempre de las cosas; como los indios mineros de *El tungsteno*, el explorador de la veta dorada en las tinieblas. Neruda es el tocador sensual de la materia, el viudo que precisa sentir en el recuerdo la vivencia "uniéndose a la atmósfera como el látigo a la piel del caballo". Vallejo es el nombrador inmediato de las cosas, a las cuales es preciso nombrar antes de que desaparezcan. Huidobro el creacionista, con *horitañas* y *montezontes*, eleva a calidad extratmosférica, incorrupta, los seres de la realidad finita y fugitiva. A semejanza de los personajes de *Cien años de soledad* ocupados en etiquetar los objetos para no olvidar su

nombre, o del niño Carlos de *Las batallas en el desierto* que acumula nombres propios de seres, objetos y lugares de su ciudad infantil, devastada por el tiempo, Vallejo nombra las cosas de aquí y ahora, otorgándoles una calidad orgánica: "Hoy me palpo el mentón en retirada / y en estos momentáneos pantalones yo me digo". En su poesía, las cosas existen porque el poeta las explora, las viola, las reintegra con su carga emotiva. Las cosas se vuelven vivas y los órganos se transforman en cosas: "y la nación reciente del estómago"; "Ya va a venir el día, ponte el cuerpo"; "Y remacho una lágrima en mi pómulo". Son realidades que el hombre vuelve parte de su aventura enorme, dividida en los pequeños, antiheroicos, desconocidos actos de cada día. Lo exclamado por el poeta César, había sido escrito antes por el teórico Vallejo, en el texto "Manía de grandeza, enfermedad burguesa":

Algunos escritores creen infundir altura y grandeza a sus obras, hablando en ellas del cielo, de los astros y de sus rotaciones, de las fuerzas interatómicas, de los electrones, del soplo y equilibrio cósmico, aunque en tales obras no alienta, en verdad, el menor sentimiento de esos materiales estéticos. En la base de esas obras están sólo los nombres de las cosas, pero no el sentimiento o noción emotiva y creadora de las cosas.³

³ *El arte y la revolución*. Lima, Mosca Azul Editores, 1973, p. 50.



² "Sobre una poesía sin pureza", en Pablo Neruda, *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1968, vol. II, p. 1040.

Valle es que al lugar donde me pongo
el pantalón, es una casa donde
me quito la camisa en alta voz
y donde tengo un suelo, un alma, un mapa de mi España.
Ahora mismo hablaba
de mí contigo, y ponía
sobre un pequeño libro un pan tremendo
y he, luego, hecho el traslado, he trasladado,
queriendo canturrear, un poco, ~~el lado~~ el lado
derecho de la vida al lado izquierdo;
más tarde, me he lavado todo, el vientre,
briosa, dignamente;
he dado vuelta a ver lo que se ensucia,
he raspado lo que me lleva tan cerca
y he ordenado bien el mapa que
cabecaba o lloraba, no lo sé. PROPIEDAD DE
CESAR VALLEJO

MI casa, ~~por desgracia, es una casa,~~
un suelo por ventura, donde vive
con su inscripción mi cucharita amada,
mi querido esqueleto ya sin letras,
la navaja, un cigarro permanente, ~~todo~~
De veras, cuando pienso
en lo que es la vida,
no puedo evitar de decirselo a Georgette,
a fin de comer algo agradable y salir,
por la tarde, comprar un buen periódico,
guardar un día para cuando no haya,
una noche también, para cuando haya
(así se dice en el Perú- me excuso);
del mismo modo, ~~siempre~~ sufro con gran cuidado,
a fin de no evitar o de llorar, ya que los ojos
poseen, independientemente de uno, sus pobrezaas,
quiero decir, su oficio, algo
que resbala del alma y cae al alma.

Habiendo atravesado
quince años; después, quince, y, antes, quince,
uno se siente, en realidad, tontillo,
es natural, por lo de más, ¿qué hacer?
Y qué dejar de hacer, que es lo peor?
Sino vivir, sino llegar a
ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.

Hoy es domingo y, por eso,
me viene a la cabeza la idea, al pecho el llanto
y a la garganta, así como un gran bulto.
Hoy es domingo, y esto
tiene muchos siglos; de otra manera,
sería, quizá, lunes, y vendríame al corazón la idea,
al seso, el llanto
y a la garganta, una gana espantosa de ahogar
lo que ahora siento,
como un hombre que soy y que he sufrido.

21 Nov 1937

Último poema fechado por Vallejo, con correcciones autógrafas

La aventura de la poesía moderna es, entre otras cosas, la batalla contra el confesionalismo. Sin embargo, varios de los grandes poetas del siglo XX —Cernuda, Pessoa, López Velarde, Bonifaz Nuño, Sabines— han hecho de la primera persona objeto de su canto. La parte más vigorosa del convencimiento vallejiano se encuentra en su decir: “Sucede esto”. No *me pasa*, sino *pasa*. No la confesión organizada de tal modo que lo expresado y su motivo se combinen, sino el chorro expansivo de la urgencia. Urgencia fincada en el yo y siempre más allá del yo. Urgencia donde las palabras no alcanzan y donde las palabras están allí para dar todo. Vallejo es el creador de grandes poemas y de poemas deliberadamente exasperantes por inacabados, por oscuros. Sin su existencia, el sistema poético vallejiano quedaría mutilado. En Vallejo, la confesión es artística porque nace de la urgencia colectiva, del yo-nosotros en el cual la poesía establece su vía principal de comunicación. No es la confesión del hombre hacia sus semejantes, sino la confesión de la humanidad a través de una de sus criaturas, un César Vallejo nacido “un día en que Dios estuvo enfermo, y grave”. De tal modo, Vallejo cumple cabalmente la exigencia que María Zambrano descubre en la confesión: “No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por necesidad

que la vida tiene de expresarse”.⁴

Vallejo siente la necesidad de inventar el mundo, no en sus epifanías y esplendores, sino en su proximidad más necesaria. Sin embargo, en nada se parece a la poesía confesional que a partir de la Guerra Civil llenó las páginas de todo el mundo con letras que en nombre de la urgencia pretendían hacer de la epopeya española y sus consecuencias un campo para la esterilidad de sus lamentaciones. De ahí las censuras vallejianas a Maiakovski, en quien “la teoría... sirvió únicamente para hacer un fabricante de versos *sur commande*, fríos y muertos... Al sujetarse a un programa artístico, sacado del materialismo histórico, Maiakovski hizo tan sólo versos desprovistos de calor entrañable y sentido, suscitados por tracción exterior y mecánica, por calefacción artificial”.⁵ Enemigo del panfleto ideológico y de la Revolución como “máscara del impostor, del renegado y del oportunista”.⁶ Vallejo prefirió buscar la voz que creara al hombre nuevo, forjador y practicante de una nueva lengua. La violación a la sintaxis, las zancadillas a la ortografía, son en Vallejo fruto de este cambio total, de este sacudimiento que el semejante necesita para despertar. Si varios de los *Poemas humanos* prefirieron el testamento del hombre Vallejo hacia sus semejantes, hay uno particularmente donde el poeta pide cuentas al

lenguaje y lo repasa, como saldo de cuentas con la gramática y la totalidad de las clases de palabras concedidas al hombre para dar testimonio de su paso:

La paz, la abispa, el taco, las vertientes,
el muerto, los decilitros, el búho,
los lugares, la tiña, los sarcófagos, el vado, las morenas,
el desconocimiento, la olla, el monaguillo,
las gotas, el olvido,
la potestad, los primos, los arcángeles, la aguja,
los párrocos, el ébano, el desaire,
la parte, el tipo, el estupor, el alma...

⁴ María Zambrano. *La confesión: género literario*. Madrid, Mondadori, 1988, p. 13.

⁵ “El caso Maiakovski”, en *El arte y la revolución*, p. 109.

⁶ “Escolllos de la crítica marxista”. *El arte y la revolución*, p. 33. También en “Ejecutoria del arte bolchevique” manifiesta su claridad de pensamiento para distinguir entre la práctica política y la actividad literaria: “El arte bolchevique sirve a una vicisitud periódica de la sociedad. Operada esta transformación o “salto” marxista, las arengas, las proclamas y admoniciones pierden toda su vigencia estética y, de continuar, sería como si en medio de una labor de siembra o de cosecha, se oyese himnos de guerra, apóstrofes de lucha”. Ibidem., p. 26-27.

Dúctil, azafranado, externo, nítido,
portátil, viejo, trece, ensangrentado,
fotografiadas, listas, tumefactas, conexas, largas,
[encintadas, pérdidas...

Ardiendo, comparando,
viviendo, enfureciéndose,
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose,
muriendo, sosteniéndose, situándose, llorando...

Después, éstos, aquí,
después, encima,
quizá, mientras, detrás, tanto, tan nunca,
debajo, acaso, lejos,
siempre, aquello, mañana, cuánto,
cuántol...

Lo horrible, lo suntuario, lo lentísimo,
lo augusto, lo infructuoso,
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal,
lo todo, lo purísimo, lo lóbrego,
lo acerbo, lo satánico, lo táctil, lo profundo...

No es, en modo alguno, uno de los mejores poemas de Vallejo. Pero en su feísmo, en su necesidad de ofrecer el agua que sale de "las venas otílicas" de la lavandera al lavar la camisa portadora de nuestros humores (*Trilce*), el poeta demuestra su urgencia por guardar registro de todos los hombres que nos toca ser. El año de la revisión y composición final de *Poemas humanos* es también el del *Guernica* de Picasso. Tras el bombardeo fascista contra la población vasca, el 28 de abril, Picasso emprende la serie de dibujos de la mujer con un niño muerto en brazos, personaje central y aterrador del gran lienzo. Hay días en los cuales dibuja varias de estas mujeres, con diferencias a veces notables y otras imperceptibles, como para dejar testimonio de que el horror no termina y que, como escribe Vallejo en "Los nueve monstruos": "I, desgraciadamente, / el dolor crece en el mundo a cada rato, / crece a treinta minutos por segundo, paso a paso".

Existe una fotografía, tomada en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, en la cual es posible ver a Huidobro y a su lado, el rostro pétreo, macizo, inconfundible, de Vallejo. Ambos tienen el puño izquierdo levantado, y a pesar de las diferencias sociales de cada uno, no se puede cuestionar la sinceridad política de uno o de otro. Al término del Encuentro, Huidobro regresa a Santiago de Chile donde escribe su exaltado poema en prosa "Fuera de aquí", contra la gira que realizaban aviadores italianos por su país. Neruda, al activismo político, y a la poesía militante, que dará por resultado, primero la poesía de urgencia de *España en el corazón* y más adelante lo convertirá en el poeta más importante de la izquierda liberal. Vallejo regresa a París, desencantado de actitudes teatrales, de los poetas protagónicos. Vallejo regresa a morir. Pero antes del Viernes Santo de 1938, entre septiembre y noviembre de 1937, tiene lugar uno de esos *sprints* memorables en la historia de la literatura: impulsado por una urgencia no nacida de la conciencia estética sino de la necesidad vital,

pasa en limpio su poesía de los últimos años. Más allá de la leyenda del último Vallejo, lo más importante es que podemos seguir no tanto su biografía literaria como el proceso de reescritura que es, lo sabe todo autor que llega a ese privilegiado momento, el único instante feliz de la escritura, ése cuando la intención, la voluntad y el milagro fortuito se combinan en un solo raptó. La expresión *Pasar en limpio* tiene semejanza con los ritos de paso iniciáticos: es un proceso de purificación, de *fijación del vértigo*. Gracias a la publicación que Georgette Vallejo hizo en las Ediciones Moncloa en 1968 de los facsímiles del poeta, es posible apreciar las correcciones que los poemas sufrieron a lo largo de esa reescritura que es, al mismo tiempo, como una primera y auténtica versión de los hechos. Para escribirlos, Vallejo se valió de un objeto: una máquina de escribir seguramente de fabricación estadounidense, pues añadía a mano los acentos y la tilde de la ñ. De acuerdo con Georgette Vallejo, el último poema fechado por su marido, el 21 de noviembre de 1937 y, en cierto modo, el último poema de Vallejo, es el que comienza "Ello es que el lugar donde me pongo el pantalón". Si *Poemas humanos* es el resumen de toda la obra poética de Vallejo, el poema en cuestión es el repaso más completo que el poeta y el hombre Vallejo hacen de su vida. Hay en el verso final. "Como un hombre que soy y que he vivido", una prolongación del hombre de 12 años atrás, acaso igualmente miserable económicamente, precisaba dinero para la necesidad urgente de la vida: "Tengo 34 años y me avergüenza vivir todavía becado. Pero si la beca alcanzase a '*nourrir mon homme*', por lo menos".⁷

Nutrir mi hombre. No escribe, en su poema final "Como un hombre que soy y que ha sufrido", sino, para serle fiel a su concepto de "el alma que sufrió de ser su cuerpo", vuelve a elegir la primera persona. Lo admirable es que ni siquiera al establecer la circunstancia en la cual el poema nace, Vallejo poetiza su miseria. La circunstancia es vencida siempre por el poderío verbal, por la poesía en bruto. César Vallejo es siempre superado por el poeta transfigurado en el hombre que era César Vallejo.

Octavio Paz escribió que la poesía de Pessoa es "de solitarios para solitarios". Hay poetas en quienes el yo nunca se mantiene alejado de una épica colectiva, como es el caso del Neruda socialista, o de la compañía de los astros, como el Huidobro de la primera época. Como Pessoa, Pavese o Cernuda, Vallejo quiso hacer un ajuste de cuentas con los modos de expresar el yo. "Me voy a España", dicen que fueron sus últimas palabras. Preparado desde antes, desde siempre, para el viaje final, Vallejo había profetizado su contacto y su adiós con las cosas, cuando en un texto de *Contra el secreto profesional* escribió: "Al revés de lo que le ocurrió a Wilde, la mañana en que iba a morir en París, a mí me ocurre en la ciudad amanecer siempre rodeado de todo, del peine, de la pastilla de jabón, de todo".⁸ El 15 de abril de 1938, Vallejo terminaba ese contacto inmediato y profundo con las cosas y dejaba a sus lectores el futuro. ♦

⁷ César Vallejo, *Cartas a Pablo Abril*. Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1971, p. 34.

⁸ "Negaciones de negaciones", en *Contra el secreto profesional*, p. 37.